

(Para Adolfo)

DON RUFINO EN LA INTIMIDAD

DISCURSO PRONUNCIADO EL DIA 16 DE NOVIEMBRE DE 1.961, EN LA ESCUELA DEL MAGISTERIO Nº 1 DE MADRID EN HOMENAJE AL EXCMO. SR. D. RUFINO - BLANCO Y SANCHEZ, AL CUMPLIRSE EL PRIMER CENTENARIO DE SU NACIMIENTO, por el Profesor Dr. D. Pedro Chico y Rello. Catedrático Numerario de la misma Escuela, y Decano del Claustro de Profesores

Me vais a perdonar. Cuando he de referirme a D. Rufino, la emoción no me permite pensar o hablar, serenamente. Por eso he querido poner mis sentimientos, más que mis ideas, en unas cuartillas, que defienden mejor contra el peligro de la emoción.

D. Rufino está ligado a mi vida entera. Al fallecer mi padre, en 1.931, siguió siendo D. Rufino otro padre para mí, y como a otro padre le quise siempre.

D. Rufino y la familia de D. Rufino, eran como familia nuestra; tal fué la relación, de asiduidad y cariño, completamente familiar. Estas palabras brotan de mi pluma, sin ser pensadas; nacen del corazón, más que del cerebro. Perdonad si brotan desordenadas, sin método alguno, sin una fría norma.

No sé, por ello, lo que saldrá de mi pluma, pues la dejo caminar por el papel, siguiendo los recuerdos de mi vida, que va llegando a su fin.

Y si el hombre honrado, tiene como primer deber el de ser sincero, y decir siempre la verdad, este deber se extrema, cuando por nuestra edad, nos van preocupando poco las cosas de este mundo, para pensar en las del venidero; y nos desprecupamos de ese habitual frenar al corazón, en nuestras relaciones sociales, en los convencionalismos sociales, en que parece que tenemos miedo al que dirán, si dejamos en libertad a nuestros anhelos, sentimientos e ideas; y, pensamos, si lo que hacemos, o lo que decimos, tendrá la medida exacta y adecuada, ya sea exceder de más o de menos... cuando no estamos tampoco muy seguros de si la verdadera fórmula está en la equidistancia entre el menos y el más... Como el rubor del hombre adulto, al mostrar ante las gentes su llanto, aun en los momentos en que el hombre más hombre, - tiene necesidad de llorar.

---

Así pues, perdonad el posible desorden de ideas, que brotan en puro sentimiento; perdonad mis palabras, pues yo mismo no me he propuesto, previamente, nada, ni sé lo que voy a decir, al dejar en libertad la pluma y el corazón.

No sé si será un relato biográfico o un estudio bibliográfico. Para cualquier estudio se precisa más la inteligencia, que el sentimiento; se requiere frialdad, serenidad y tranquilidad; reposo para la meditación, para la sistematización de las ideas; y el brotar de los sentimientos auténticos, deja poco margen a su sistematización; no se les puede, como a las ideas, ordenar y organizar en frío; el - cariño que razona fríamente, no es verdadero cariño.

---

D. Rufino está íntimamente ligado a mi vida toda, como nuestras familias estuvieron unidas siempre, en maravillosa relación familiar, de máxima estimación y cariño.

D. Rufino y mi padre estudiaron juntos en la Escuela Normal de Madrid, y en ese primer encuentro de muchachos, nació su compenetración, su mutua estimación y su amistad fraterna, que no se alteró - nunca. Así transcurrieron sus dos vidas hermosas y gloriosas; los - dos murieron en olor de santidad. Y esta es una de mis más profundas convicciones.

Quando al morir mi padre, me dijo D. Rufino: "No le ví nunca, ni siquiera en tentación de pecar", quería expresar, naturalmente, no que no experimentara las grandes tentaciones de todos los humanos, sino que la vida de mi padre, -(como la de D. Rufino)-, era ejemplar y santa.

Los dos amigos fieles, tuvieron los mismos ilustres maestros en la Normal de Madrid; los dos alcanzaron el título de Maestro Normal, que sólo esta Escuela concedía en España; los dos amigos fieles, se dieron totalmente a su poderosísima vocación de educadores que siempre, les acompañaría: maestros de talla colosal. Nacidos en cunas humildísimas, se autoformaron los dos, -con la ayuda de Dios-, su porvenir, en un trabajo constante y enorme. Hombres-modelo y ejemplares.

---

D. Rufino pudo realizar sus estudios universitarios, su Doctorado en Filosofía y Letras, sin mánagua de su vocación de educar y enseñar constantemente; de formar, dentro de las inalterables directrices hispanas, y por ello católicas; de educar a los niños, en la Escuela Primaria; a los hombres, (ó dicho de otro modo: a los maestros de los maestros de los niños), en la Escuela Superior del Magisterio; a las gentes, en formidable laboración social, siguiendo las normas de la Iglesia, en la dirección de "El Universo". Y su pluma y su palabra, estuvieron invariablemente, al servicio de Dios, y por tanto, al servicio de la verdad y del bien, sin la menor vacilación; en una vida recta, sin el menor desfallecimiento.

Yo le recuerdo siempre, con su perfil auténticamente español, -de D. Alonso Quijano el Bueno; su faz españolísima de caballero español de la mano en el pecho. Todo en él era noble, en su cuerpo y en su alma; todo perfecto. Caballero sin miedo y sin tacha. Su faz era noble, como toda su gallarda figura. Atraía, encantaba. Sus discípulos, le contemplábamos con verdadero amor, con verdadera veneración. Aquellos dulces ojos; aquella dulce sonrisa. Aquella expresión siempre dulce y santa. Era modelo en todo. Modelo siempre, en todos los momentos y facetas de su vida; de su vida proyectada al exterior, hacia las relaciones sociales, y de su vida en el sagrado recinto del hogar.

---

En aquella Escuela Normal Central, de la calle Ancha, en aquella magnífica Normal, que en mal hora perdió su solar y su solera, allí tenía su casa, en el piso alto, D. Rufino, como Regente de la Escuela Práctica Aneja a la Normal.

Allí comienzan mis primeros recuerdos infantiles de D. Rufino. Mi padre me formó en los mismos sentimientos de admiración y cariño, que él profesaba a su amigo fraternal. Cuando mi padre era maestro de la nobilísima villa de los Infanzones de Illescas, -(cuyo grupo escolar ostenta hoy el nombre de mi padre)-, comienzan mis primeros recuerdos.

Aquel primer hogar, que yo evoco, de D. Rufino, era una casa amplia, de altos techos, altas puertas y largos pasillos.

Recuerdo la habitación en que yo dormía, en casa de D. Rufino, cuando mi padre me traía a Madrid para recorrer sus monumentos y sus museos; entraba mucha luz natural, por el alto montante de la puerta; mi habitación estaba junto a la de Ramón, Julián, (mártir de la Cruzada, como su padre), Adolfo, Pepe y Manolo. Los hijos de D. Rufino se levantaban todavía de noche, con luz eléctrica, y en las frías mañanas invernales madrileñas; y tenían que andar mucho camino para llegar a su colegio, que era el de Ntra. Sra. de las Maravillas, más allá de los Cuatro Caminos, porque D. Rufino conocía bien la tradición pedagógica, los excelentes métodos de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

Otro detalle que prueba la hondura pedagógica de D. Rufino, es que sus hijos al lado de su dormitorio, tenían un pequeño taller de carpintería, y practicaban, con finalidad educativa, fuera de sus horas de clase, el bellísimo oficio santificado en Nazaret.

Todas las Navidades, después de poner nosotros, nuestro gran Nacimiento en Illescas, adquiríamos grupos de figuritas murcianas, herederas directas de la tradición de Salcillo, para el nacimiento que se instalaba en casa de D. Rufino.

---

Seguían pasando los años. Hizo mi padre sus oposiciones a la Regencia de la Normal de Segovia, y allí nos fuimos a vivir. D. Rufino, creó en su hogar, la "Sociedad Blanca de Excursionistas", y toda aquella familia ejemplar, aquella madre, aquella auténtica gran dama española, la Excm. Sra. D<sup>a</sup> María Pérez del Camino, de Blanco, de extraordinaria belleza y espiritualidad, dignísima compañera de D. Rufino, toda la familia, en fin, practicaba, en una gran hucha de barro, y durante el invierno, la virtud del ahorro, para realizar luego, las gratas excursiones veraniegas.

Y allí fueron, a nuestra casa de Segovia; y desde allí partimos para una excursión inolvidable, aprovechando uno de los pocos días en que, por entonces, corrían las fuentes de La Granja.

---

Nuevas oposiciones de mi padre. Entonces eran difícilísimas las oposiciones a Escuelas de Madrid, y se realizaban los ejercicios escritos y los orales en el viejo Paraninfo, atestado de público, de la Universidad Central.

---

Y vinimos nosotros a vivir a Madrid, a la Escuela Unitaria de la calle de Sagunto, nº 16, principal, con cuatro grandes balcones a la calle de Sagunto, y otros cuatro a la calle del Castillo, al lado de la Glorieta de la Iglesia. A los quince días de llegar a Madrid, murió mi madre, y D. Rufino presidió el entierro. Por horrible coincidencia del destino, ese día era domingo de carnaval, y el entierro de mi madre, tuvo que cruzar por entre la inmoral y sucia mascarada "solanesca" de la Castellana.

---

Nuestra costumbre, ahora, sólo ser, en los domingos, ir a pasar la tarde en el precioso chalet, en que, por entonces, vivía D. Rufino, en el camino de Chamartín, muy cerca de Chamartín de la Rosa, y a la izquierda del camino.

---

Una cosa que yo no pude comprender jamás, es cómo podía D. Rufino, con los lentísimos medios de transporte de aquel tiempo, (el cerrado "simón", o la abierta "manuela", con su lento caballo), cómo podía D. Rufino, siempre sereno, sin apresurarse nunca, trabajar tantísimo.

Inexplicable e inexplicado.

Es ahora, cuando se inicia la gran etapa de creación, en la vida de D. Rufino. Es la época de sus ingentes, de sus trascendentales libros de Pedagogía, estimados siempre con justicia, en su inmenso valor, dentro y fuera de España.

Es la época que comienza en 1.909, con la creación de la Escuela

-4-

de Estudios Superiores del Magisterio, que había de formar, conformar, preparar, a los Profesores, todos discípulos de D. Rufino; la Escuela Superior había de conseguir, para nuestra España, la que yo he llamado "EDAD DE ORO" de nuestras Escuelas Normales. Y D. Rufino es llamado a enseñar Pedagogía en aquella Escuela de la calle de Montalbán, junto al Parque del Retiro, y donde hoy está el Museo de Artes Decorativas; todavía, Palacios, no había erigido la Central de Correos, ni el Ministerio de Marino, que flanquean la entrada de la calle. Yo había terminado mi licenciatura de Filosofía, en la Universidad, e hice las duras oposiciones que había que hacer, -como en las Escuelas Especiales de Ingenieros-, para ingresar en la Escuela Superior.

D. Rufino estaba en el Tribunal de Ingreso; yo obtuve el número 5 de la Sección de Letras; éramos doce, o catorce, los ingresados en aquella promoción y sección.

No creo que nunca, en España, se calase tan hondo en la preparación especializada y completa de los formadores de maestros. Yo llevaba mi preparación universitaria; pero en aquella casita, de estilo andaluz, donde pasábamos tanto frío, encontré una cosa distinta, que era aquella preocupación por una formación humana total; una preocupación, en todo momento de la vida de la Escuela, en torno de los métodos, y adentrándose en los métodos; una erudición exhaustiva de los métodos mejores, y un afán de creación de otros nuevos; una preocupación de rango universal; los métodos mejores, en el mundo, eran algo familiar y abundantemente conocidos y practicados por nosotros, en la Escuela Superior.

---

Impecablemente vestido de chaquet, con su elegancia natural, llegaba D. Rufino a dar sus clases.

¿Cómo era la vida de D. Rufino entonces?; ¿Cómo podía D. Rufino, en las únicas 24 horas del día, descansar lo suficiente para reponer las fuerzas gastadas en un trabajo inmenso?; ¿cómo podía dedicar una parte del día, a su vida de hogar, en aquel hogar santo?; ¿cómo podía preparar sus doctas clases, tan magníficamente?; ¿cómo podía dirigir una gran diario madrileño, en cuya redacción permanecía hasta altas horas de la madrugada, en la antigua calle de Olózaga, hoy de "Los Héroes del 10 de Agosto"?; ¿cómo podía D. Rufino escribir sus fundamentos los libros, atender las inevitables relaciones sociales, muy más atendidas, entonces, que en el Madrid actual?; ¿cómo podía preparar, y dar, sus admirables conferencias? Misterio. Y sin manifestar nunca esa prisa angustiosa y terrible, que, haciendo mil veces menos cosas que D. Rufino hacía; a todos, ahora, nos ahoga. Aquel mi D. Rufino, aquel mi Profesor, siempre apresurarse nunca, y siempre puntualísimo en todos sus deberes; siempre sereno, reposado y tranquilo, contagiando a todos su placidez maravillosa. Y todo, como el que no hace nada.

---

Nadie trabajó en su vida, más que él, pero nadie le superó, nadie la ha superado, en su eminente personalidad dentro del campo pedagógico del siglo XIX, personalidad que sigue ahí, enhiesta, y que difícilmente será igualada o superada; aquel asombroso conjunto polifacético, de sus actividades: autor de libros de Pedagogía, e Historia de la Pedagogía española y universal; faceta bibliográfica y bibliológica; -calígrafo, y autor de una gran obra de teoría de la escritura; creador y propagador de las Escuelas Graduadas en España; creador y propagador de la letra española vertical; autor de un perfecto método para la enseñanza de la letra vertical en las Escuelas Primarias; maravilloso lector, y autor de un manual, clásico, sobre la teoría y la práctica de la lectura; filólogo ilustre, autor de una magistral gramática metodológica de nuestra lengua; (¡fue gran injusticia no otorgarle un sillón, entre los "inmortales" de la Real Academia de la Lengua!); su faceta de maestro de niños; su faceta de profesor; su faceta de orador

formidable; su faceta de autor de libritos escolares; su faceta de elaboración social; su faceta de periodista ilustre, primero en la dirección de "El Universo", luego en las columnas del "A B C"; su faceta de político, cuando Primo de Rivera nos llamó a intervenir en la cosa pública, a los que no éramos políticos; todas esas facetas, -requieren un estudio detenido y por separado, que deberíamos, entre todos, realizar.

---

Ahora, D. Rufino, viene a vivir con los suyos, a una casa señorial, en la entrada de la calle de Lista, junto a la Castellana.

Allí D. Rufino sufre, con admirable entereza, el dolor más terrible de su vida: la muerte, en plena juventud, de su angelical y bellísima hija mayor, María.

"Y todo estaba lleno de perfumes, en este ejemplar tránsito a lo Eterno", titulé yo, mi artículo necrológico, que D. Rufino insertó en la primera plana de su diario.

---

Sigue el caminar del tiempo...

Y advienen los años de paz, del paternal gobierno de Primo de Rivera, época de la única actuación política de mi gran maestro, y de su peor discípulo.

D. Rufino es llevado al Ayuntamiento de Madrid, y después fue nombrado Gobernador Civil de Segovia. Y a Segovia, llama a mi padre, ya anciano y enfermo, para que pase unos días con él. Y ambas, rememoran los días lejanos y felices, de la época en que yo era niño y vivíamos en Segovia.

---

Veamos, ahora, su faceta de conferenciante, de fácil y bella palabra. En ésta, como en todas sus actividades, la misma serenidad pausada y noble. Brotaban las palabras de sus labios, dignas de esculpirse en estelas de bronce. ¡Qué bien hablaba, D. Rufino!

La conferencia suya que mejor recuerdo, es la que dió sobre la importante cuestión pedagógica del crecimiento. Como sabía D. Rufino mi afición al dibujo, me encargó unas grandes gráficas murales, para esta conferencia.

Hablé en el Aula Magna del Ateneo, y es difícil describir hasta qué punto estaba atestado el gran salón. la gran tribuna pública y los grandes pasillos cercanos.

Y como su hablar era sereno, transmitía, al auditorio, esa reposada serenidad; y siendo una enorme conferencia, de gran duración, no producía fatiga en los oyentes. En un rincón de la amplia sala, estábamos Ramón y yo. (Ramón, el hijo mayor de D. Rufino, que en estos días, acaba de jubilarse como catedrático insigne de la Escuela de Ingenieros Agrónomos; de la eficacia de la labor educadora, de D. Rufino, dan testimonio sus hijos, sus joyas mejores, (glosando a la madre de los Gracos); Adolfo, es catedrático prestigioso de la Escuela de Arquitectura de Madrid; Julián fue mártir de la Cruzada, - como su padre, y como su padre, gran periodista y redactor de A B C; Pepe y Manolo, ilustres abogados, y secretarios, respectivamente del Excmo. Ayuntamiento de Vigo, y de la Excmo. Diputación de Oviado, - de donde han venido estos días para asistir al homenaje en la Escuela del Magisterio "Rufino Blanco", de Cáceres, y en la imposibilidad, por coincidir en la fecha aquel acto y nuestro acto, me han prometido que procurarán asistir a los demás, que tenemos en proyecto).

Estaba diciendo, que Ramón y yo asistimos a aquella conferencia cumbre, en la brillante serie de conferencias de D. Rufino. Y ante el silencio absoluto que se produjo, al presentarse el orador en su tribuna, ante aquella formidable expectación, ante la enorme responsabilidad de ocupar la doctísima cátedra por donde pasaron los más preclaros e ilustres ingenios, cuando todos estábamos emocionados, y con los nervios en máxima tensión, y no hubiésemos podido despegar los labios, D. Rufino comenzó su oración elocuentísima, ante aquella imponente masa de grandes profesores, de intelectuales, oradores y literatos. Y empezó a fluir su palabra fácil, dulce, atrayente e interesantísima. No recuerdo, en tantos años, conferencia más amena y más científica, que ambos aspectos sabía conjugar D. Rufino Blanco, muy bien.

No se me ha olvidado uno de los ejemplos aducidos por él: el de una egregia pareja, que puesta en pie, era él más alto que ella; y sentados, era ella más alta que él.

Ramón, tenía, -ya lo he dicho, y como yo-, los nervios tensados, y poniendo, en sus palabras todo el cariño y admiración que sentía -hacia su padre, me dijo al oído: "¡Mi padre, parece que no tiene nervios!".

---

Hizo D. Rufino una breve exposición de la doctrina de Godin, - Demoor y Jonckheere; habló después de las fases y del ritmo del crecimiento en el hombre, que comprueban la observación de Buffón: "el feto crece cada vez más, hasta su nacimiento; el niño, cada vez menos, hasta la pubertad. El niño, al nacer, puede tener 50 cm. de altura, logrados en 9 meses; para ganar otros 50 cm. necesita cinco años; y para, por tercera vez, crecer otros 50 cm. serán precisos 10 años y medio. Los niños que se alimentan mal, crecen poco; en la primavera y verano, se crece más rápidamente que en otoño e invierno; expresó las teorías endocrinas de Marañón; a los 25 años se deja de crecer; al avanzar la vida, se decrece lentamente.

Como comprobación, expuso los datos de peso y talla de niños y niñas extranjeros, y los datos obtenidos por el propio D. Rufino, - en niños madrileños de 6 a 13 años; datos completísimos, con gráficas de peso y talla; y, finalmente, datos y gráficas obtenidos, también, por él, en niños españoles, desde 1.905 a 1.915, (crecimiento de talla, busto y peso; niños y niñas; términos medios).

Dió las normas para la observación científica del crecimiento.

En mi modesta biblioteca, las principales obras de D. Rufino, - con cariñosas dedicatorias, ocupan lugar preferente, presididas por los retratos de su esposa y de él.

---

Su caricatura. Yo quería hacerle la caricatura, como solía hacer con todos mis profesores.

- "¡No la veo!", - decía yo a mi compañero de mesa, mientras tomábamos apuntes en la clase de D. Rufino. Yo no la veía. La caricatura de D. Rufino fué, para mí, una de las más difíciles.

Pasaba el curso, y yo me desesperaba. Pero un día, lancé un eureka, que no sé si oíría nuestro Profesor; y le dije a mi compañero Jáuregui: "¡Ahora la veo!. Toma tú las notas, que yo voy a llevar me, en mis cuartillas, el rostro de D. Rufino". Dos redondeles, para las gafas; dos rectas, para el bigote; y su barbita, de caballero español del Greco. Le di color en casa, y D. Rufino la tuvo, varios años, en su despacho de "El Universo", y después, y ya siempre, en el despacho de su casa.

Llegó su jubilación, en plena República, "agria y triste", a la que seguiría el caos de la revolución. Sus discípulos, le ofrecieron, como homenaje, la edición de su "Bibliografía Pedagógica de los 30 primeros años del siglo XX". Este homenaje le complació mucho. (Véase su carta con este motivo). El quería a sus discípulos y sus discípulos le querían a él.

Muerto mi padre, el primero de septiembre de 1.931, quedó D. Rufino como único consejero mío. Por entonces, fué a vivir a la calle de Viriato.

Yo iba casi todas las tardes a su despacho; él me mostraba las pruebas de sus libros y me daba, a corregir, algunas galeras. Un día me dijo: "Esta mañana he presentado mis papeles para el expediente de jubilación".

En el mes de mayo del terrible año de su muerte, cuando era peligroso exaltar la figura de algunos grandes pensadores españoles, yo dediqué el último de mis artículos de admiración y elogio a mi maestro, en la revista de Escuelas Normales.

Cuando fuí a despedirme para ir a Segovia, donde yo vivía, al comenzar aquel horrible verano, le insistí, como hacía siempre, para que fuese a descansar en mi casa segoviana.

Ya no le volvía a ver. El quedó en zona roja y yo en zona nacional. Ya no había de volver a ver a D. Rufino, que con su vida, asesinado por la horda, alcanzó la palma del martirio, y, por ello, la gloria eterna.

---

Algunas de sus cartas. Cuando un hombre alcanza una categoría eminente, sus cartas despiertan interés. Nada, en los grandes hombres, nos es ajeno; nada carece, en ellos, de valor y ejemplaridad. Las humanas vidas, cuando son santas, despiertan afán de conocerlas, en sus menores detalles; despiertan nuestro amor hacia ellas, y el deseo de que iluminen nuestro camino. Queremos que nos enseñen normas para hacer bien las cosas. Hablar como él hablaba, escribir como él escribía, pensar como él pensaba, vivir como él vivía, cumplir nuestros deberes como los cumplía él, dando, incluso, la vida, si fue necesario, en la defensa de nuestros ideales, como él, la dió.

Pido a Dios que me permita, antes de morir, hacer las biografías de D. Rufino y de mi padre, porque sus vidas, por convividas, las conocía yo muy bien.

Era muy pequeño yo, y esmerándome en la letra, escribí una postal a D. Rufino, que empezaba diciendo: "Mi respetable y distinguido amigo". Y él me contestó: "Si mi respetable, y distinguido amigo anda en todo tan derecho como en escribir, ya se puede decir que es hombre de provecho, hecho y derecho".

En 1.923, al notificarle la grave enfermedad de mi padre, me decía: "Sus reservas vitales, nunca malgastadas, dejan un ancho campo a la esperanza, y yo pediré a Dios Nuestro Señor, que la esperanza se torne realidad. Da nuestros recuerdos, de todo corazón, a tu padre, que no tiene par entre los maestros españoles".

En 1.926, escribía a mi padre: "Querido Martín: He recibido tu libro "Prácticas de Enseñanza", que ya tengo catalogado para el próximo "Anuario Bibliográfico Pedagógico". Te felicito, como es justo, por su publicación. De esta materia, no hay apenas producción, ni en España, ni fuera de España. Buena parte de tus opiniones, coincide con cierto dictamen del Consejo de Instrucción Pública, y de allí se congratula uno de los complices. Se pasaron las vacaciones y no pude ir a veros, pero soy terco y lo haré si Dios quiere. Recuerdos nuestros para esa familia pedagógica, y para tí un abrazo de tu viejo amigo y condiscípulo, Rufino.

Abril de 1.927. Querido Pedro: Acabo de leer tu monografía pedagógico-geográfica, y después de haberla fichado bibliográficamente, te felicito por su publicación. Hoy mismo pregunto al Museo Pedagógico de París, sobre el modo de adquirir el Diccionario Bibliográfico por materias. Tu viejo amigo que te bendice, R. Blanco".

Agosto de 1.927. (En ella se advierte su extraordinaria bondad. Está firmada por Rufino y María, y escrita al salir hacia Santander para pedir la mano de la novia del que, como su padre, había de dar la vida por Dios y por España).

Marzo de 1.931. "Confieso que he sido desagradecido... aparentemente, por que debía escribirte a vuelta de correo, agradeciéndote el bombazo; que has dado a mi Teoría de la Educación. No haría más un padre por hijo. Mucho te agradezco el favor, aunque me haya parecido excesivo".

(Yo había solicitado ya, las oposiciones a la cátedra de Geografía de la Escuela Superior del Magisterio. Como fui designado juez de aquel Tribunal, tuve que renunciar a este cargo, por parentesco demasiado estrecho, con un opositor. No podía ser, yo, opositor y juez mío, al mismo tiempo).

Me daba D. Rufino algunos datos que yo le pedí sobre aquellas oposiciones, que no llegaron a celebrarse, porque un terrible huracán legislativo, acabó, poco después, con la Escuela Superior.

12 de septiembre de 1.931. (Escrita en Madrid, el mismo día que, en Murcia, moría mi padre). "Tu telegrama nos ha entristecido grandemente, porque tenemos una gran desgracia. Dios quiera salvar a tu padre, como fervorosamente se lo hemos pedido".

(D. Rufino convalecía, de una grave enfermedad que puso en peligro su vida, y el médico le había prohibido viajar). "De haber estado libre y útil, como antes, no hubiera dudado un minuto en marcharme para acompañaros en vuestro sufrimiento y ayudaros en lo que me hubiera sido posible. Si desde aquí, podemos hacer algo por vosotros, lo haremos con alma y vida".

2 de septiembre de 1.931. "La fatal noticia nos apenó a todos grandemente. Aunque los buenos tienen siempre algo que hacer, tu padre había cumplido su misión; y como no era posible cumplirla mejor, no sólo le llegó la hora del descanso eterno, sino que, además, habrá recibido el premio de sus heroicas virtudes. Así sea. Siempre le ví cumpliendo con su deber, y nunca le ví ni en tentación de pecar. Con el mismo fervor que pedimos a Dios salud para el enfermo, hemos pedido ya su eterna bienaventuranza.

Ya sabes cuánto se interesa por vosotros, en vuestras tristezas y en vuestras alegrías, tu viejo amigo, Rufino.

14 de septiembre de 1.931. "Tu efusiva carta, -decía- nos ha hecho llorar a todos". (Grandesa y ternura de su corazón, que el reataba siempre, en suprema elegancia espiritual).

"Te agradezco mucho los pormenores del tránsito de tu padre a mejor vida, y Dios quiera que todos podamos morir como él". (D. Rufino no sabía entonces, que el Señor le tenía reservada la palma y la corona del martirio, palma y corona, que por el sendero de los Santos Mártires, conduce a las puertas del cielo. Es una de sus cartas más extensas.)

Enero de 1.932. "Querido Pedro: No es necesario saber mucha psicología para adivinar la génesis de la comunicación que me has enviado y que muy de veras te agradezco". (No puedo recordar a qué se refería D. Rufino. Acaso a algún merecido homenaje de los profesores de la Normal de Soria, siempre pequeño para sus merecimientos).



En lugar de despedirse, en sus cartas: "Te abraza tu profesor y amigo", me decía: "Tu amigo y compañero". ¡Cómo si yo pudiera ser -compañero de aquel pedagogo insigne!. ¡Cómo íbamos a ser iguales, él, tan grande, y yo, tan chico!.

Abril de 1.934. (De su copiosa correspondencia, esta carta suya, escrita en plena revolución, es acaso la de mayor valor histórico. D. Rufino había iniciado su magna Enciclopedia pedagógica, verdadera "suma" de Pedagogía, vasto y noble plan y afán, que Dios Ntro. Señor no permitió que concluyese. Aún incompleta, fué su obra, y sigue siendo, la más ingente en el campo español de la pedagogía contemporánea).

"Querido Pedro: Escrita la adjunta, leo el bombazo, escrito con mantequilla de Soria", -(El me escribía con miel de su Alcarría)- -- "que has atizado en la Revista de Escuelas Normales, a mi Bibliografía pedagógica del Siglo XX. Con menos, habría bastante, pero de todas maneras, por lo más y por lo menos, te doy rendidas gracias".

"Con dicha bibliografía, se acabaron mis afanes, y tu descansarás, definitivamente, de tus afanes amables de injusto bombardero. Ya sabes cuanto te quiere tu viejo amigo y colega, Rufino Blanco." (El sabía, - que yo le quería).

Siguió trabajando hasta el último momento.

No se acabaron, con esta "Bibliografía", sus afanes, ni tampoco los míos, como creía él. En esto se equivocó, D. Rufino. Y yo no descansé, ni descansaré, sino cuando mi vida acabe, en mis afanes de bombardero justísimo.

Y estoy seguro de que mi discípulo, el Catedrático de Pedagogía de la Universidad madrileña, Anselmo Romero y Marín, habrá de proseguir la ortodoxa directriz tradicional de la pedagogía española, desarrollada por mi maestro.

D. Rufino habría de escribir aún, un trabajo tan perfecto y extraordinario como todos los suyos; y yo, en la Revista de Escuelas Normales, en 1.936, el mismo año en que había de extinguirse el fulgor de su fecunda existencia, que no el de su obra, continué ofrendándole mis acostumbrados y públicos elogios.

Aquel último trabajo de D. Rufino, fué escrito como apéndice de la "Enciclopedia Universal ilustrada", de Espasa-Calpe.

La información aportada por D. Rufino, -(D. Rufino estaba al día, siempre, de todas las novedades pedagógicas extranjeras),- comprende los años de 1.931 a 1.934. Era un denso trabajo de gran responsabilidad, que le encargó la Editorial mencionada. Con el pequeñísimo cuerpo de letra de la Enciclopedia Espasa, el formidable trabajo, a dos -columnas, por página de 74 líneas, sumaba 23 páginas, con un sumario de inmenso interés. Hacía D. Rufino dos apartados, uno dedicado al extranjero y otro a España; más otro, de bibliografía pedagógica. Siento, de veras, no incluir ese índice completísimo de las cuestiones tratadas. Lo haré en otro lugar.

Homenajes.- Todos los homenajes serán pocos para D. Rufino. Pero - pensemos en algunos que serían más rápidamente asequibles.

Primero.- La Escuela del Magisterio nº 1 de Madrid, que es la primera que se fundó, en España, lleva el nombre de su primer Director D. Pablo Montesino, importante figura pedagógica. Sin pretender enojosas comparaciones, la figura de D. Rufino es culminante en la historia contemporánea de la Pedagogía.

D. Rufino podría dar su nombre preclaro y excelso, a la Escuela nº 1 de Madrid; pero me doy cuenta de lo delicado de la sustitución de cualesquiera nombres, aunque siempre permanecería en lugar destacado de la Escuela, el magnífico retrato al óleo de su primer Director; al

